

TRIBUNA LIBRE

CÉSAR ALLER

Un nuevo poeta de Galicia (I)

AUNQUE sean muchos los que se llamen poetas, es raro, infrecuente, encontrarse con un poeta de nacimiento, quiero decir una persona que vive profundamente, ve lo que otros no ven, y lo transmite a los demás, en la palabra musical —en este caso endecasílabos— y en su lengua nativa de Galicia. Me refiero a José Abeal (Ambroa, Irixoa, A Coruña), licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Santiago de Compostela. Ambroa es una parroquia de verdes prados, cruzada por un pequeño río, el Lambre, que conforma su orografía en ambas cuencas: en el curso bajo, cerca del mar, la ría de Betanzos.

Al adentrarse en la lectura de *Herba do tempo* (*Hierba del tiempo*, Espiral Maior) ce da uno cuenta de que J. Abeal escribe una poesía de canto, con fusión de lo lírico y lo metafísico, en un lenguaje poético puro. Si, en sus orígenes, poesía significa creación, las estrofas y los poemas responden a esa pregunta que cada uno puede hacerse, aunque ya sabemos que la creación absoluta es cosa bien distinta y toca, nada menos, los orígenes del mundo, y ahí estamos citando a Dios como único y auténtico Creador.

Dicho esto, y en versión castellana, nos encontramos con expresiones como “los límites sagrados de la luz”, algo que trata de decir que nadie es capaz de medir esos límites. ¿De qué luz se trata? No sólo de la luz física del sol, del *latín lux*, agente físico del astro que hace visibles los objetos y también esa claridad que irradia la combustión y las lámparas eléctricas que usamos. La luz, en el poema, puede referirse a otra luz, como la intelectual, la espiritual, quiero decir no física, y que todos sabemos puede tener el hombre para conocer no sólo lo que le rodea, sino cuanto le trasciende. En este sentido se dice hombre de pocas luces para referirse al poco inteligente, no sólo al ignorante no cultivado.

Nos sorprenden expresiones como “en el silencio de tu ser infinito” que ha de ser recibido, pienso yo, como una especie de silencio sagrado del universo (aunque algún astro, sabemos, puede producir sonido, captado por los avances de la ciencia). Este silencio de Abeal da la impresión de que se refiere a Dios, ser infinito por excelencia, pues el espacio físico es otra cosa bien distinta. Se habla, escribe, de algo espiritual para goce

del hombre, y, en el original, en la lengua nativa de Galicia.

Esta poesía no es descriptiva meramente, aunque el paisaje y los seres vivientes también están ante la mirada del poeta. Se trata, pues, de un canto a la belleza tangible —también a la que no se puede tocar—. “Apareciste tan descalza y pura... chirlando na frescura dun regato”, (chirlando, cantando). La palabra “chirlando” es tan castiza, tan sonora —onomatopeya, quizá— que no se puede sustituir, sin pérdida en castellano. Y así sucede en el poema —página 15 del libro—. Véase otro ejemplo cuya hermosura se pierde en la versión: “Durmíche nas herbas silandeiras/ que medran para ti con máis verdesores/ que as cítaras do vento alén dos mares”. Silandeiras es palabra cantarina que equivale a silenciosas, pero que tiene un especial vigor en el endecasílabo de Abeal.

Como puede apreciarse, hay versos que cantan por sí mismos, en lo que conocemos la valía del poeta. Y, sin embargo, se pliega él a nosotros, no nos guía como un ser superior, sino como un conocido o un hermano: “Nada podo dicirvos que non saiba (se-

pa)/ o voso (vuestro) corazón”. Intimidación y calado que nos penetran y emocionan, a mí al menos.

Hay un poema —pág. 17— que es un canto a las cosas pequeñas, las que muchos desprecian y algunos admiran, “que nin sequeira ves se non te paras”.

Los ojos, la mirada de Abeal, nos sorprende más todavía: “Os ollos meus agardan o mencer (amanecer)”. Lo que ve son: “lixerais lirras de brandura (blandura) maina (sosegada). Sí, este poeta es capaz de esperar el amanecer con la mirada. Es sencillo y, a la vez, humanamente sublime. Mas “A xente pasa, leva presa.. Segue (sigue)”. No se puede decir más en tan pocas palabras: la gente pasa, lleva prisa y sigue. El vulgo, salvo excepciones, tiene demasiada prisa: “trabajo, trabajo, tengo prisa”, como me decía ayer un comerciante chino que tiene tienda frente a mi casa y al que mostré un poema en caracteres chinos. A esta clase de personas no les interesa ver el amanecer, ni ver una margarita en el invierno. Están en otra cosa. ¿Dónde estará la felicidad de tanta gente agobiada por la prisa, sin tiempo para contemplar la Creación?